

# REFORMA DE MERCADO, (DES)ALINEAMIENTO PROGRAMÁTICO Y ESTABILIDAD DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN AMÉRICA LATINA

*Market Reform, Programmatic (De)Alignment and Party System Stability in Latin America*

Kenneth M. ROBERTS

*Cornell University*

✉ [Kr99@cornell.edu](mailto:Kr99@cornell.edu)

BIBLID [1130-2887 (2013) 64, 163-191]

Fecha de recepción: 17 de enero del 2012

Fecha de aceptación: 11 de abril del 2013

RESUMEN: Aunque los regímenes democráticos en América Latina desde la década de 1980 han sido estables, los sistemas de partidos en la región continúan experimentando altos niveles de inestabilidad electoral. Un enfoque de las coyunturas críticas sobre el cambio institucional sugiere que la variación en la estabilidad de los sistemas de partidos está relacionada con el impacto de la liberalización del mercado en el alineamiento o (des)alineamiento programático de la competencia partidaria en las décadas de 1980 y de 1990. Las reformas de mercado adoptadas por los líderes conservadores, y a las cuales se opusieron un importante número de partidos de izquierda, alinearon a los sistemas de partidos de manera programática, permitiendo que la oposición social se canalizara mediante formas institucionalizadas de la competencia que eran altamente estables durante la era postajuste. Contrariamente, las reformas de «seducir y abandonar» adoptadas por los líderes populistas y de izquierda provocaron un (des)alineamiento programático de los sistemas de partidos, dejándolos vulnerables a secuencias reactivas desestabilizadoras en el período posterior a la reforma—incluyendo protestas sociales masivas, la desaparición de los partidos conservadores históricos y el reemplazo de los partidos populistas tradicionales o de izquierda por otros *outsiders* más radicales y antineoliberales—. Así, la dinámica política de los ajustes económicos y de mercado condicionaron severamente la manera en que los sistemas de partidos pudieron procesar el revivir de las alternativas populistas y de izquierda de la región durante el período postajuste.

*Palabras clave:* América Latina, partidos políticos, reformas de mercado, coyunturas críticas, alineamiento programático, volatilidad electoral.

ABSTRACT: Although democratic regimes in Latin America since the early 1980s have been surprisingly durable, party systems in much of the region continue to experience very high levels of electoral instability. A critical juncture approach to institutional change suggests that variation in party system stability is related to the impact of market liberalization in the 1980s and 90s on the programmatic alignment –or (de)alignment– of partisan competition. Market reforms that were adopted by conservative leaders and opposed by a major leftist rival aligned party systems programmatically, allowing societal opposition to be channeled into institutionalized forms of competition that were highly stable in the post-adjustment era. By contrast, «bait-and-switch» reforms adopted by populist or leftist leaders were programmatically de-aligning for party systems, leaving them vulnerable to highly destabilizing reactive sequences in the aftermath to the reform process—including mass social protests, the demise of historic conservative parties, and the outflanking of traditional populist or leftist parties by more radical, anti-neoliberal outsiders. The political dynamics of market-based economic adjustment thus heavily conditioned the ways in which party systems would process the post-adjustment revival of populist and leftist alternatives in the region.

*Key words:* Latin America, political parties, market reforms, critical junctures, programmatic alignment, electoral volatility.

## I. INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Tal como afirmó E. E. Schattschneider, «la democracia moderna es impensable sin referencia a los partidos políticos» (1942: 1). Si la afirmación de Schattschneider es correcta América Latina plantea un gran enigma. Por un lado, los regímenes democráticos instalados en la región durante las décadas de 1980 y de 1990 han demostrado ser más duraderos y resistentes que lo imaginado al comienzo de la ola de transiciones, dada la oscilación histórica de América Latina entre regímenes democráticos y autoritarios (Mainwaring y Pérez Liñán 2005). Por otro lado, los sistemas de partidos –instituciones de representación preeminentes en las democracias liberales, según Schattschneider y otros– han sido mucho menos estables en la región. En gran parte de América Latina, los partidos inspiran poca confianza y apoyo del público, y muchos regímenes democráticos se han visto plagados por la volatilidad electoral crónica, la ruptura de los sistemas de partidos históricos y el surgimiento de nuevos movimientos de protesta y/o populistas *outsiders* que movilizan en contra del *establishment* político. Paradójicamente entonces, la consolidación democrática –o al menos la supervivencia democrática– ha coincidido con una «crisis de representación» y un desencanto generalizado con respecto al *establishment* político en gran parte de la región (Hagopian 1998; Cavarozzi y Casullo 2002; Mainwaring, Bejarano y Leongómez 2006; Oxhorn 2011; Yashar 2005).

Sin embargo, esta crisis de representación parece afectar más a algunos sistemas de partidos que a otros. A lo largo de la década de 1990 y principio de la de 2000, los

1. La versión final y definitiva de este artículo ha sido publicada en inglés en *Comparative Political Studies*, 2012, vol. 9 (September): 1-31, «SAGE Publications Ltd.», All rights reserved. © [as appropriate]. Esta traducción estuvo a cargo de Carola Lustig y fue revisada por el autor.

sistemas de partidos colapsaron en Perú, Venezuela, Colombia, Ecuador y Bolivia, mientras que en Argentina y Paraguay ocurrieron rupturas parciales, así como también sucedió en Costa Rica, el faro de la estabilidad democrática en la región. Los sistemas de partidos demostraron ser más resistentes en Uruguay, Chile y la República Dominicana, y se hicieron más institucionalizados o competitivos en Brasil, México y El Salvador. Así, la institucionalización de la competencia electoral en las décadas finales del siglo XX alentó la creación de identidades partidarias estables y las alineaciones competitivas se solidificaron en algunos países, tal como lo anticipó Dix (1992). En otros países, probablemente la mayoría, los partidos estables se marchitaron bajo la presión de la competencia en curso y cedieron terreno a nuevos contendientes políticos con distintos grados de organización partidista. ¿Cómo se explica tal variación en la fortaleza y la estabilidad de los sistemas de partidos?

Algunos estudios recientes han puesto de relieve los factores históricos, estructurales e institucionales que han condicionado a las organizaciones partidistas y a la competencia electoral en América Latina (véase, por ejemplo, Madrid 2005; Kitschelt *et al.* 2009; Samuels y Shugart 2010). Este trabajo sugiere, sin embargo, que la variación en la estabilidad de los sistemas de partidos contemporáneos de América Latina también ha estado influida por los legados institucionales que dejaron los recientes desafíos políticos asociados con la crisis económica y la reforma del mercado. Es decir, por las coyunturas críticas que marcaron la transición desde la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) hacia el neoliberalismo en las décadas de 1980 y de 1990, y por las «secuencias reactivas» (Mahoney 2001) que fueron provocadas por la propagación de la resistencia social y política a la liberalización del mercado durante la coyuntura crítica y en el período inmediatamente posterior (véase Silva 2009; Roberts 2008).

Esta coyuntura crítica fue el punto de inflexión en el desarrollo político y económico de las sociedades latinoamericanas. Los modos de representación política que estaban enquistados en la lógica estática de la ISI en la mitad del siglo XX, es decir, los poderosos movimientos de trabajadores urbanos y sus partidos de masas junto con los patrones corporativistas de intermediación basados en intereses de clases, se vieron socavados por el colapso del modelo de la ISI a partir de la crisis de deuda en la década de 1980 y la adopción de programas de ajuste estructural orientados hacia el mercado. Más afín a los efectos de este trabajo, los sistemas de partidos variaron ampliamente en su capacidad para canalizar y resistir a las demandas sociales con respecto a la protección de las inseguridades del mercado así como giraron hacia la izquierda en gran parte de los países de América Latina en el período postajuste.

En algunos países, la coyuntura crítica neoliberal alineó a los sistemas de partidos de manera programática, estabilizando al electorado y ofreciendo canales institucionales para la articulación del disenso social con respecto a la ortodoxia de mercado. En gran parte de la región, sin embargo, estas coyunturas críticas desalinearon al sistema de partidos generando incertidumbre con respecto a los compromisos programáticos de los partidos. Esta incertidumbre erosionó los vínculos programáticos entre los partidos y los votantes, y canalizó las disidencias en formas antisistema de la protesta social y política. Así el (des)alineamiento dio lugar a un legado de alta volatilidad

electoral y generalizó los cambios de votos desde los partidos tradicionales a los nuevos partidos o movimientos políticos. La experiencia latinoamericana sugiere que incluso cuando los regímenes democráticos son razonablemente estables, la dependencia económica y la vulnerabilidad a choques económicos exógenos pueden generar formas de incertidumbre política que son altamente disruptivas para los sistemas de partidos. En particular, la incertidumbre en cuanto a lo que los partidos pueden hacer durante la función pública puede inhibir la creación o reproducción de lealtades de parte del electorado.

El alineamiento o (des)alineamiento programático dependió en gran medida del carácter político de los actores que lideraron el proceso de liberalización del mercado en la década de 1980 y de 1990. La adopción de las reformas de mercado por parte de partidos populistas, de centro-izquierda o laboristas –contraintuitivamente, un fenómeno frecuente en la década de crisis de 1980 y 1990 (Stokes 2001)– podría haber hecho incrementar la viabilidad política de las políticas de liberalización y haber proporcionado más tiempo de vida a los partidos reformistas en un contexto de agudas restricciones de mercado. Sin embargo, durante el proceso, las reformas han (des)alineado de manera programática a los sistemas de partidos, dejándolos vulnerables a una serie de tendencias desestabilizadoras presentes en el período postajuste, incluyendo la emergencia de movimientos de protesta masivos, nuevos partidos de izquierda o figuras populistas antisistema (Madrid 2010). Todos estos actores desafiaron a los sistemas de partidos que no lograron proporcionar canales institucionalizados para la articulación del disenso sobre la ortodoxia neoliberal. En cambio, cuando actores políticos conservadores, proempresariales, tomaron la iniciativa en el proceso de liberalización del mercado y un partido grande de izquierda estuvo presente para canalizar la disidencia, estos últimos fueron capaces de mantener puestos programáticos más ideológicamente consistentes en oposición al modelo neoliberal, manteniendo e incluso reforzando los alineamientos programáticos sistémicos. Los alineamientos competitivos producidos por este último patrón de la reforma tendieron a ser bastante estables en el período postajuste, en parte porque pudieron canalizar la resistencia social al liberalismo de mercado en ámbitos institucionalizados tanto partidistas como electorales<sup>2</sup>.

Ambos patrones de reformas de mercado fueron susceptibles a los desafíos de la izquierda en el período posterior a las reformas. Sin embargo, tendieron a generar tipos muy diferentes de izquierdas y de patrones de movilización social, con implicaciones importantes para el régimen y la estabilidad del sistema de partidos. La lógica política de la liberalización del mercado durante la coyuntura crítica, por lo tanto, dejó legados institucionales que pesaron enormemente tanto en la estructuración programática como en la consolidación de la organización de los sistemas de partidos, así como en la expresión política de la oposición social a la ortodoxia neoliberal. Estas interconexiones se analizan en el siguiente apartado.

2. Para una elaboración más profunda sobre la perspectiva de la coyuntura crítica para el cambio en los sistemas de partidos en América Latina, que incluye un análisis comparativo de casos diferentes, véase K. M. ROBERTS (próximamente).

## II. EL ROMPECABEZAS DE LA ESTABILIDAD DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN AMÉRICA LATINA

Algunos estudios recientes han permitido un avance en el conocimiento sobre las condiciones que fomentan o inhiben la construcción de partidos y de sistemas de partidos fuertes y durables en América Latina. Samuels y Shugart (2010), por ejemplo, argumentan que la separación de poderes entre el Ejecutivo y el Legislativo bajo el presidencialismo genera organizaciones partidistas débiles, indisciplinadas y personalistas. Desde el momento en que el Poder Ejecutivo y el Legislativo tienen orígenes separados y diferentes electorados, los partidos *presidencializados* deben trabajar en dos espacios apartados con distintas estructuras de incentivos, generando élites partidarias no responsables, conflictos internos, una autoridad central débil y principios programáticos ambiguos.

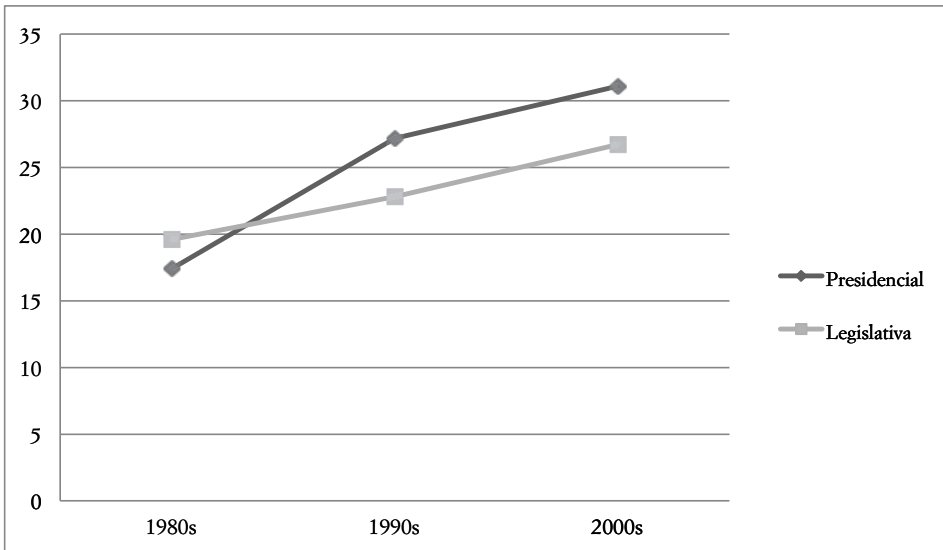
Estas características organizacionales ayudan a diferenciar a los partidos de América Latina de aquellos presentes en las democracias parlamentaristas de Europa occidental. La identificación de un tipo de partido presidencializado, sin embargo, no puede explicar la extensa variación con respecto a la fortaleza y la durabilidad de los sistemas de partidos en América Latina. Esta variación es el foco principal de análisis de otros trabajos que analizan los factores de largo plazo y corto plazo de la estabilidad electoral en la región. Roberts y Wibbels (1999) concluyen que la volatilidad electoral está relacionada con la inestabilidad institucional del régimen y las crisis económicas de corto plazo. Madrid (2005) demuestra que las fallas históricas para incorporar políticamente a la población indígena son un factor desestabilizador de los sistemas de partidos. Igualmente, Lupu y Stokes (2010) muestran que la experiencia de largo plazo de la competencia electoral ayuda a estabilizar las identidades partidistas, tal como Converse (1969) ha argumentado. Tomados todos juntos, estos trabajos aportaron potenciales causas explicativas al hallazgo central del influyente trabajo de Mainwaring y Scully (1995): el hecho de que algunos sistemas de partidos de América Latina son relativamente estables e institucionalizados y otros son inestables y rudimentarios.

Sin embargo, los patrones de estabilidad e inestabilidad en los sistemas de partidos de América Latina siguen siendo desconcertantes. En contra de diversos supuestos teóricos, en la mayoría de los países, la institucionalización de la competencia electoral desde la década de 1980 no ha logrado estabilizar los sistemas de partidos y provocar, como es de esperar, una cristalización de las identidades partidistas, un congelamiento de los alineamientos competitivos y un comportamiento electoral rutinario. En realidad, ocurrió lo opuesto, como se puede ver en la Figura 1. El índice de volatilidad electoral agregada de Pedersen (1983) —un indicador de los cambios de votos agregados en un sistema electoral de una elección a la siguiente—<sup>3</sup> muestra que la volatilidad en las

3. El índice de Pedersen (1983) se calcula sumando todos los votos (o bancas legislativas) ganadas o perdidas por cada partido y luego se divide este número por dos. El resultado cero indica que ningún partido ganó o perdió votos (o bancas); el resultado 100 indica que todos los votos (o bancas) fueron obtenidos por diferentes partidos.

elecciones presidenciales creció bruscamente de 17,4 entre 1980 y 1990 a 27,2 entre 1990 y 2000 y 31,1 entre 2000 y 2012. De manera similar, la volatilidad electoral para las elecciones legislativas cayó de 19,6 entre 1980 y 1990 a 22,8 entre 1990 y 2000 y 26,7 después de 2000. Sin duda, la competencia democrática no alcanza para consolidar los sistemas de partidos.

FIGURA I  
 PROMEDIO DE VOLATILIDAD ELECTORAL EN AMÉRICA LATINA, 1980-2010



Fuente: Cálculos del autor del índice Pedersen de volatilidad (1983) en base a datos provistos en D. NOHLEN (1993); D. NOHLEN (2005); y Georgetown University's *Political Database of the Americas* (<http://pdba.georgetown.edu/>).

Además, se ha vuelto cada vez más claro que el nivel de institucionalización no es un atributo natural de los sistemas de partidos. La institucionalización es una dinámica más que una propiedad estática y varía longitudinalmente dentro de cada uno de los sistemas de partidos. Intentar explicar las variaciones en cada país a lo largo del tiempo puede ser tan desalentador como explicar las variaciones entre los casos. En efecto, la experiencia reciente de América Latina provee ejemplos de sistemas de partidos de larga data que se desplomaron rápidamente, como el de Venezuela (Coppedge 1994) y Colombia (Pizarro Leongómez 2006), así como sistemas de partidos rudimentarios que se institucionalizaron progresivamente, como es el de Brasil (Hagopian, Gervasoni y Moraes 2009). El rompecabezas de la estabilidad de los sistemas de partidos en América Latina después de las reformas estructurales no puede ser resuelto comparándolos con el pasado. En los casos donde están presentes los procesos dinámicos de institucionalización y desinstitucionalización, las caracterizaciones esencialistas o las mediciones

de una sola vuelta de los sistemas de partidos pueden ser anacrónicas, y puede ser mejor apostar a explicaciones longitudinales relacionadas con el desarrollo institucional y de la decadencia.

Los esfuerzos por explicar la estructuración programática (y no estructuración) de los sistemas de partidos de América Latina enfrentaron desafíos similares. El estudio pionero de Kitschelt *et al.* (2009) presentó abundantes datos de sondeos para demostrar que algunos sistemas de partidos nacionales a fines de la década de 1990 ofrecieron a los votantes alternativas programáticas razonablemente coherentes y diferenciadas. Estos niveles de alineamiento programático, que están estructurados mayoritariamente pero no exclusivamente en preferencias opositoras con respecto a las políticas económicas y redistributivas, están entonces trazados por patrones históricos de desarrollo político y económico. La competencia programática a finales del siglo XX existía en países que se desarrollaron económicamente relativamente temprano, que experimentaron períodos extensos de competencias democráticas y que adoptaron políticas de bienestar social durante la era ISI. Los países donde estas condiciones históricas favorables estuvieron ausentes fueron más propensos a una estructura de competencia partidista alrededor de vínculos no programáticos y clientelares, o no contaron con una estructura de competencia partidista. La competencia programática se ha presumido durable y se ha heredado, como una dependencia de rumbo, de las experiencias de desarrollo de los primeros años del siglo XX.

¿Hasta qué punto, sin embargo, los desafíos políticos y económicos más recientes alteraron estos alineamientos programáticos históricos? Kitschelt *et al.* (2009) deberían ser felicitados por demostrar que la historia importa y que las estructuras económicas dan forma a la competencia política. Pero también existe la posibilidad de que el alineamiento programático –similar a la institucionalización del sistema de partidos– pueda variar a lo largo del tiempo en cualquier sistema nacional de partidos. Tal variación en efecto existe, como lo pueden afirmar quienes observaron la polarización de los programas partidistas en Estados Unidos (Aldrich 2011; Hetherington 2011). En América Latina, el colapso de la ISI y la expansión de la liberalización de mercado a fines del siglo XX minaron la competencia programática de algunos sistemas de partidos, mientras la fortalecieron en otros. Si bien estos cambios no negaron la importancia de contar con los incentivos de largo plazo para la estructuración –aquella identificada por Kitschelt *et al.* (2009)–, sugirieron que los factores de corto plazo y contingentes juegan un rol. En efecto, los sondeos que aportaron evidencia empírica para el estudio de Kitschelt *et al.* (2009) fueron realizados en el máximo punto de inflexión en la historia política reciente de América Latina: 1997-98, exactamente el período en el que la crisis financiera asiática se expandía hacia América Latina, el tecnocrático «Consenso de Washington» (Williamson 1990) sobre el liberalismo de mercado comenzaba a desenmarañarse y un cambio político sin precedentes hacia la izquierda se ponía en marcha. Durante el apogeo del Consenso de Washington, la competencia programática fue frecuentemente minada por agudas restricciones de la balanza fiscal y de pagos que limitaron las opciones políticas de los partidos y, en algunos casos, forzaron a los partidos tradicionales estables a implementar las recetas del modelo neoliberal. Por

el contrario, la competencia electoral en el período posterior al ajuste junto con un giro hacia la izquierda ayudó a realinear (o reestructurar) a varios sistemas de partidos de manera programática, sobre la base de nuevas alternativas partidistas. Este realineamiento fue facilitado por el mayor acceso a los mercados internacionales y el boom exportador de *commodities* después de 2003 que expandió las capacidades políticas de los partidos en el poder (Levitsky y Roberts 2011).

Estos patrones de (des)alineamiento y (re)alineamiento programático no fueron determinados por los factores históricos de largo plazo como los presentados por Kitschelt *et al.* (2009). En cambio, fueron fuertemente influidos por la dinámica política de la crisis económica, las reformas de mercado y la resistencia social durante la transición de la ISI al neoliberalismo y su período posterior. A pesar de que estas dinámicas políticas eran contingentes en función del posicionamiento estratégico de los actores políticos claves –en particular, la orientación política de los reformistas de mercado y de sus rivales– no fueron elegidas al azar y produjeron legados institucionales identificables. Las coyunturas críticas neoliberales y las secuencias reactivas que produjeron reconfiguraron a los sistemas de partidos históricos y alteraron las configuraciones programáticas al punto de condicionar profundamente la estabilidad de la competencia partidista en el período posterior.

### III. LAS COYUNTURAS CRÍTICAS NEOLIBERALES Y EL (DES)ALINEAMIENTO PROGRAMÁTICO

Tal como lo afirmaron Collier y Collier, una coyuntura crítica es «un período de cambio profundo que ocurre de distintos modos en diferentes países (o en otras unidades de análisis) y que hipotéticamente producen distintos legados» (1991: 29). Los enfoques de las coyunturas críticas, así como los del institucionalismo histórico, están diseñados para explicar por qué similares desafíos económicos y políticos producen patrones institucionales de dependencia de rumbo distintos. Este enfoque es especialmente interesante para comprender cómo las crisis y los shocks exógenos pueden trastocar las instituciones existentes y abrir el espacio político (o crear presión política) para innovaciones institucionales o políticas. Las coyunturas críticas son momentos o períodos de incertidumbre y potencial discontinuidad institucional, cuando el equilibrio político está en disputa y una serie de rumbos están presentes en el horizonte. Los actores políticos, por lo tanto, deben tomar decisiones sobre un inusual número de políticas o alternativas institucionales que tienen consecuencias durables (con frecuencia, no intencionales).

El enfoque de la coyuntura crítica facilita los análisis longitudinales en tres etapas sucesionales del desarrollo institucional: (1) una serie de «condiciones anteriores» (Collier y Collier 1991: 30) que establecen la base institucional para el análisis comparado y que influyen sobre cómo se desarrolla una crisis; (2) la coyuntura crítica donde la reproducción de la base institucional es severamente desafiada (aunque no necesariamente eliminada en todos los casos) y donde los resultados están supeditados a las decisiones



estratégicas y a la interacción de los actores principales; y (3) un período posterior donde el alineamiento político y los resultados institucionales de la coyuntura crítica se cristalizan mediante mecanismos de autorretroalimentación (Pierson 2000), o son modificados mediante «secuencias reactivas» provocadas por los actores sociales y políticos opositores (Mahoney 2001: 10-11). Para que una «coyuntura» sea «crítica», el alineamiento político y las opciones institucionales y de política en la segunda etapa deben alterar la base heredada de la primera etapa en un número significativo de cuestiones y generar legados políticos con propiedades identificables para que se produzca una tercera etapa.

El colapso de la ISI y la transición al neoliberalismo constituyó esa coyuntura crítica en el desarrollo de las sociedades de América Latina. La coyuntura crítica neoliberal en América Latina, que implicó un proceso regional de liberalización de mercado, duró un cuarto de siglo—desde el golpe de Estado a Salvador Allende en Chile en 1973, que produjo el desembarco en la región (y en el mundo) del primer gran experimento del fundamentalismo de mercado de la escuela de Chicago, hasta la elección de Hugo Chávez en Venezuela en 1998—. La elección de Chávez, junto con la difusión de la crisis financiera asiática en América Latina, provocó la ruptura del *momentum* hacia el liberalismo de mercado, perforó el Consenso de Washington y condujo al retroceso de las reformas de mercado en una gran cantidad de países.

La coyuntura crítica en determinados países, sin embargo, comprometió un período más corto de tiempo. La mayoría de los países ingresó en esa coyuntura crítica durante el comienzo de la crisis de la deuda en 1982<sup>4</sup>. Esta crisis colocó al ajuste estructural en el primer lugar en la agenda política, y provocó que los países tomaran profundas decisiones liberalizadoras entre mediados de 1980 y mediados de 1990. Si bien los países variaron en la profundidad, alcance, tiempo y ritmo de las reformas de mercado, los gobiernos de la región (excepto la Cuba socialista, que experimentó su propia versión de las reformas promercado luego del colapso del comunismo soviético) intentaron un paquete ambiguo de estabilización promercado y políticas de ajuste que fueron diseñadas para dismantelar formas históricas de intervencionismo estatal y abrieron sus economías al comercio global, las inversiones y las finanzas internacionales.

Esta apertura doméstica e internacional a las fuerzas del mercado no solo revirtió medio siglo de desarrollo capitalista Estado-céntrico y hacia adentro. Más fundamentalmente, se alteraron el carácter y el propósito del poder del Estado, los patrones de asociación civil, y las formas en que los intereses y demandas sociales eran articulados y representados en la arena política (Yashar 2005; Collier y Handlin 2009). Por lo

4. En los países económicamente más avanzados del Cono Sur—Argentina, Chile y Uruguay—los modelos ambiciosos de la ISI se agotaron relativamente temprano, y las reformas neoliberales comenzaron a mediados de la década de 1970 bajo regímenes militares que reprimieron los movimientos populares y sindicales. Las dictaduras de Uruguay y Argentina, sin embargo, no alcanzaron a completar el proceso de liberalización de mercado, dejando el ajuste estructural en manos de los sucesores democráticos en el período posterior a la crisis de la deuda, como en el resto de la región. La excepción fue Chile.

tanto, cambiaron los amarres estructurales de los sistemas políticos nacionales y debilitaron a los sistemas de partidos que mediaban entre los actores estatales y sociales en el marco de la matriz «estado-céntrica» de la ISI (Cavarozzi 1994).

Las discontinuidades institucionales fueron más abruptas y dramáticas en algunos países más que en otros. Sin embargo, dependieron de las condiciones anteriores establecidas por los patrones históricos del desarrollo del sistema de partidos que siguió al inicio de la política de masas al comienzo del siglo XX. Contrariamente a Europa Occidental donde la industrialización y la emergencia de la clase obrera dio lugar a cliques de clase y partidos políticos democráticos con base social obrera que estandarizaron a los sistemas de partidos (Bartolini 2000: 10), el comienzo de la política de masas en América Latina diferenció a los sistemas de partidos de acuerdo a diferentes lógicas de incorporación de las clases populares a la política. En algunos países, los sistemas de partidos fueron reconfigurados mediante la emergencia de partidos de masas, con movilización populista o partidos de izquierda con vínculos orgánicos con el movimiento obrero (o campesinos) durante el período de la ISI. En otros países, los partidos controlados por las élites se mantuvieron dominantes electoralmente, e incorporaron a las clases populares mediante un patrón vertical-clientelar. Estos sistemas de partidos de élites o de movilización popular fueron anclados en matrices de desarrollo distintos o en «variaciones del capitalismo» (Hall y Soskice 2001). Los sistemas de partidos de movilización popular contaban con una organización trabajadora más extensa y tuvieron modelos de desarrollo estado-céntricos más ambiciosos.

Estas características crearon un formidable conjunto de medidas de ajuste gravosas para los sistemas de partidos de movilización popular durante la transición hacia el neoliberalismo –con costos políticos por las severas y prolongadas crisis económicas, una dislocación social producida por los tratamientos de shock del libre mercado y los programas de ajuste estructural, el descrédito de las políticas públicas que históricamente había dado a los partidos políticos programáticos sus vínculos con el electorado popular, y la desaparición de los modelos de organización de masas de la sociedad civil y política–. Las crisis económicas y las reformas de mercado debilitaron a los sindicatos y crearon sociedades civiles más fragmentadas y pluralistas que fueron progresivamente desvinculándose de los partidos tradicionales. Sin sorpresas, estos ajustes fueron asociados a un aumento de la volatilidad electoral y a patrones más disruptivos del cambio del sistema de partidos en los casos de movilización de la clase trabajadora, incluyendo (re)alineamientos electorales más profundos o, en algunos casos (e. g. Perú), el colapso virtual de todo el sistema de partidos (Roberts, próxima publicación).

Las condiciones estructurales e institucionales previas pesaban, por lo tanto, sobre las dinámicas políticas de las coyunturas críticas neoliberales. Siguiendo a Slater y Simons (2008: 8), hubo «causas condicionantes» que «predispusieron a estos casos a divergir como lo hicieron». La diferencia de categoría entre sistemas de partido elitistas y con movilización de la clase obrera, sin embargo, provee una primera división en un plano teórico de los cambios y continuidades del sistema de partido avanzado el siglo XX en América Latina. Si estas condiciones previas hubiesen sido decisivas para determinar los resultados, la coyuntura asociada con el colapso de la ISI y la transición al

neoliberalismo no hubiese sido crítica; hubiese simplemente representado los resultados de la dependencia de rumbo del cambio institucional.

En realidad, sin embargo, existieron significativas variaciones dentro de las categorías de élites y de movilización laboral, tales como el acomodamiento, (re) o descomposición de los sistemas de partido en respuesta a coyunturas críticas con dinámicas más contingentes y de corto plazo, y las secuencias reactivas que siguieron en su despertar. Los alineamientos políticos en torno al proceso de liberalización de mercado intensificaron la estructuración programática de algunos sistemas de partidos, contribuyendo a formas relativamente estables de competencia partidista en el período del postajuste. En otros sistemas de partidos, sin embargo, la liberalización de mercado minó los alineamientos programáticos y desestabilizó a los sistemas de partidos en el período posterior. Consecuentemente, como Capoccia y Kelemen (2007: 324) sostuvieron, las trayectorias institucionales divergentes no pueden ser comprendidas focalizando solo en las condiciones o en los mecanismos de retroalimentación que reproduce el legado institucional de la coyuntura crítica; requiere un cuidadoso análisis de las elecciones e interacciones estratégicas de los actores políticos durante los «momentos de génesis» que produjeron distintos «equilibrios institucionales». En la experiencia actual de América Latina, estos momentos de génesis –asociados con la adopción de políticas de ajustes neoliberales durante las coyunturas críticas– produjeron alineamientos del sistema de partidos con equilibrios institucionales en algunos países, pero desequilibrios en otros que resultaron vulnerables a las secuencias reactivas altamente desestabilizadoras en el período posterior.

Para entender los diversos legados institucionales de la liberalización de mercado, resulta necesario identificar tres requerimientos básicos para la estructuración programática de los sistemas de partidos, más allá de las condiciones históricas identificadas en Kitschelt *et al.* (2009). Primero, los partidos deben adoptar estándares relativamente coherentes en cuestiones claves de forma tal que dividan al cuerpo político y apelen a los votantes en base a estos compromisos, y así construir vínculos programáticos entre los partidos y la sociedad. Los vínculos programáticos son difusos cuando diferentes líderes o facciones de un partido adoptan posiciones diferentes sobre las principales cuestiones, haciendo de la postura programática del partido algo incoherente o incierto. Asimismo, la estructuración programática se debilita cuando los partidos compiten sobre la base de cuestiones no programáticas, como las apelaciones personalistas, la distribución de recompensas clientelares o su capacidad relativa para alcanzar los objetivos sobre los que todos están de acuerdo (como «limpiar» el gobierno o el crecimiento económico).

En segundo lugar, las políticas adoptadas por el partido en el poder deben tener una semejanza significativa con la plataforma propuesta en campaña y con los principios y compromisos de política que históricamente ha defendido. Pocos partidos gobernantes implementaron plenamente sus plataformas de campaña, debido a la emergencia de circunstancias imprevistas y de los inevitables compromisos y modificaciones que pueden surgir durante los procesos legislativos y la toma de decisiones. La adherencia rígida a una plataforma de campaña o a unos compromisos históricos que ya se han

visto superados por el curso de los acontecimientos no son señales de un habilidoso liderazgo político. Sin embargo, para que los vínculos políticos se sostengan, los votantes deben tener la certeza de que las plataformas proporcionan una política básica o una orientación filosófica que pueda guiar al partido frente a momentos de cambio.

La incoherencia programática o las tácticas de «seducir y abandonar» –cuando los partidos ganan promoviendo un paquete de políticas y al estar en el poder ejecutan otro paquete distinto– perjudica la relación entre los resultados electorales y el contenido de las políticas públicas, y así impide al electorado formar expectativas razonables sobre el comportamiento de los partidos. Por lo tanto, crean altos niveles de incertidumbre política: allí donde las plataformas políticas no son creíbles, los vínculos programáticos no se pueden sostener y los resultados electorales no colaboran en la construcción de expectativas políticas. De hecho, los veredictos electorales se convierten en simples actos retributivos en contra de representantes fallidos o saltos al vacío a favor de candidatos impredecibles.

Como se discutió más arriba, los cambios de política eran comunes en 1980 y 1990 en América Latina, pero no eran simples resultados del oportunismo político o de la decepción; eran frecuentemente respuestas al endurecimiento de las restricciones del mercado mundial durante la transición al liberalismo de mercado, así como a la necesidad de dar señales de credibilidad a los prestamistas internacionales que condicionaban los préstamos a la adopción de las reformas de mercado. Cualesquiera que fueran sus preferencias políticas, los gobiernos se encontraron de manos atadas –o al menos con opciones limitadas– debido a los crecientes déficits fiscales, a la crisis de la balanza de pagos y las agudas presiones inflacionarias. Estas limitaciones, sin embargo, erosionaron la precondition necesaria para la estructuración programática de los sistemas de partidos –qué diferencias significativas existen en las alternativas de políticas ofrecidas por los principales partidos opositores–. Durante el período de la ISI, los sistemas de partidos –especialmente aquellos sistemas que incluyeron partidos de izquierda o populistas– ofrecieron una amplia gama de opciones de políticas de desarrollo, desde el liberalismo económico propuesto por la derecha hasta el desarrollo capitalista liderado por el Estado y socialismo desde la izquierda.

Sin embargo, la crisis y la desaparición de los modelos de la ISI y socialistas durante la década de 1980 redujeron drásticamente el debate sobre las políticas de desarrollo. Aun cuando el Consenso de Washington encontró una oposición significativa (aunque políticamente fragmentada) en las bases, fue netamente hegemónico en los círculos de decisión hacia fines de 1980, especialmente cuando los experimentos heterodoxos de estabilización en Argentina, Brasil y Perú fueron profundamente desacreditados por las crisis hiperinflacionarias. A partir de ese momento, aun los partidos y los líderes que no aceptaban la ortodoxia neoliberal en sentido normativo, aceptaron diversas maneras de liberalizar el mercado como «el único juego en la ciudad». Este consenso tecnocrático –mientras duró– disminuyó el conflicto ideológico en América Latina (Colburn 2002), pero también dificultó, para los partidos políticos, la construcción de identidades colectivas o vínculos sociales sobre la base de distinciones programáticas.

La transición hacia el liberalismo de mercado minó las tres precondiciones básicas para la estructuración programática. En primer lugar, el cambio de política fue generalizado, con una amplia gama de partidos populistas y de centro-izquierda liderando o colaborando en el proceso de liberalización de los mercados. Esto muestra una paradoja central de las coyunturas críticas neoliberales: los partidos conservadores, empresariales y promercado fueron frecuentemente incapaces de liderar el proceso de reformas de mercado, especialmente en los países con sistemas de partidos basados en la movilización de los trabajadores durante la era ISI. Dado que los partidos conservadores estaban seguros de encontrar una oposición sólida a las reformas neoliberales en esos países, los partidos con lazos históricos con la clase trabajadora tuvieron ventajas comparativas en los procesos de reforma: podían ofrecer incentivos para la cooperación, cooptar líderes sindicales y recurrir al capital político para contener la movilización popular, por lo menos en el corto plazo (véase Murillo 2000; Levitsky 2003; Burgess 2004). Consecuentemente, los partidos populistas o con base sindical (como el peronismo en Argentina, el PRI en México, AD en Venezuela y el MNR en Bolivia) asumieron la responsabilidad política de iniciar las políticas de ajuste estructural en medio de las crisis económicas, aun cuando estas políticas iban en contra de sus compromisos programáticos históricos. En otros países con movimientos obreros más débiles –como Costa Rica y Ecuador– los partidos de izquierda lideraron o colaboraron con el proceso de reforma (e. g. el PLN en Costa Rica e ID en Ecuador). En otros lugares, la liberalización fue realizada por las dictaduras militares (Chile y Uruguay) o por figuras independientes con características populistas pero sin organizaciones partidistas significativas (Fernando Collor en Brasil y Fujimori en Perú). Los partidos conservadores jugaron los roles más importantes en los procesos de reforma en los países donde los partidos sindicales rivales eran históricamente débiles, y/o donde recientes experiencias autoritarias constriñeron la movilización política de los sectores populares –e. g. Colombia, Honduras, Paraguay, República Dominicana, El Salvador y Uruguay–.

Segundo, donde las reformas de mercado provocaron profundos cambios en los partidos tradicionalmente apoyados por la clase obrera, populistas o de centro-izquierda, éstas produjeron disenso interno y faccionalismo que minaron la coherencia programática de los partidos gobernantes. Las facciones del partido con vínculos tradicionales a sectores populares o con plataformas entraron en disidencia o incluso rompieron con los líderes del partido en el gobierno, mientras que los defensores de las reformas se unieron a sectores no tradicionales. Frente a este panorama, los votantes se preguntaban quién habló en nombre de qué partido y qué intereses representaban, haciendo difícil para los partidos mantener vínculos programáticos.

Finalmente, en tercer lugar, los cambios de política produjeron una convergencia tecnocrática que disolvió las históricas diferencias programáticas entre los partidos conservadores y los partidos populistas o laboristas. Muchos tecnócratas de distintos partidos se unieron bajo los preceptos del Consenso de Washington, haciendo la competencia electoral menos programática, más personalista y clientelar. Más aún, mientras que los partidos de base sindical esperaban atraer a los nuevos sectores beneficiarios de la estabilización económica y la liberalización compensando así la pérdida de parte del

electorado que tradicionalmente los apoyaba, los partidos conservadores se veían debilitados porque antiguos rivales más adaptables a las reformas de mercado se apropiaban de las ideas tradicionales de las plataformas de esos partidos. Así, los partidos conservadores podían también verse debilitados por la erosión de los vínculos clientelares con los sectores populares a medida que el ajuste económico y la liberalización de mercado eliminaba las oportunidades en la captación de rentas (*rent seeking*) (Luna 2006). Consecuentemente, muchos partidos conservadores y de centro comenzaron a desaparecer en países donde predominaron las experiencias de reformas de «seducir y abandonar», mientras que sus partidos rivales con base sindical fueron sobrepasados a la izquierda a partir de la emergencia de nuevos partidos o movimientos políticos con claras expresiones opositoras al modelo neoliberal.

Sin embargo, el (des)alineamiento programático de los sistemas de partidos en América Latina no fue una consecuencia directa de la liberalización de mercado. De hecho, las reformas de mercado lideradas por actores políticos conservadores fueron compatibles con los alineamientos programáticos. En efecto, las coyunturas críticas neoliberales pueden promover la estructuración programática bajo dos condiciones: que los actores políticos conservadores (partidos, militares, líderes independientes) lideren la adopción de las reformas de mercado y que la resistencia social a la liberalización de mercado pueda ser canalizada dentro del sistema por un partido grande de la izquierda en oposición. Donde esto ocurrió, la competencia electoral gira en torno al eje que divide a los defensores de los críticos del modelo neoliberal o, al menos, provee votos bajo una coherente elección entre la ortodoxia promercado o las alternativas que defienden un rol interventor del Estado en la reducción de inequidades y de protección social –aun cuando las restricciones del mercado mundial reduzcan la distancia política entre estas dos alternativas programáticas–.

El enfoque de la coyuntura crítica desarrollado aquí sugiere que los alineamientos partidistas en torno a decisiones estratégicas con respecto a la liberalización fortalecieron o debilitaron la estructuración programática de los sistemas de partido, con consecuencias para la estabilidad de los sistemas en la era posterior al ajuste. Este enfoque difiere del de Burgess y Levitsky (2003), dado que pone el foco en la estabilidad del sistema en lugar de analizar la adaptación de los partidos particulares, y subraya las consecuencias disruptivas de las reformas de mercado impuestas por los históricos partidos populistas.

Las condiciones organizacionales y del contexto que permitieron a estos partidos populistas adaptarse a la era neoliberal implementando las reformas de mercado no condujeron a la estabilidad sistémica en la era posterior al ajuste. Este enfoque también ofrece explicaciones teóricas sobre el nivel macro y el contexto histórico que están presentes en los estudios del colapso del sistema de partidos en Perú, Venezuela, Italia y Japón. Estos argumentos enfatizan factores económicos (Carter 1998; Fukui 2007), la división de los líderes (Tanaka 2006) y la «disolución de las marcas partidistas» que suele acompañar a la convergencia programática (Lupu 2011; Morgan 2011). El enfoque de coyuntura crítica explica cuándo las respuestas de los partidos a una crisis económica producen patrones de des-alineamiento programático que exacerban el faccionalismo intrapartidario y desestabilizan la competencia partidaria a lo largo del tiempo.

#### IV. LAS COYUNTURAS CRÍTICAS NEOLIBERALES Y SUS EFECTOS SOBRE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS

Al identificar a los líderes reformistas y a sus principales opositores en un país, es posible distinguir entre tres tipos básicos de coyunturas críticas: aquellos que alinean a los sistemas de partidos de manera programática; aquellos que los desalinean; y aquellos que son neutrales en sus efectos sobre el alineamiento programático. Los alineamientos programáticos ocurren cuando los actores conservadores lideran la adopción de reformas y un partido de izquierda está presente como una clara opción opositora, creando así un legado que llamo liberalismo contestatario. Las coyunturas críticas que producen (des)alineamiento ocurren cuando partidos de centro-izquierda o populistas, u otras figuras populistas independientes que hicieron campaña en contra de las políticas de ajuste estructural, juegan un rol fundamental en la implementación de las reformas de mercado. Las coyunturas críticas neutrales ocurren cuando los actores conservadores lideran el proceso de reforma de mercado pero no existe una consistente oposición de izquierda.

Estas dos últimas formas de coyunturas críticas crearon una convergencia neoliberal, donde todos los partidos principales apoyaron o participaron en el proceso de liberalización de mercado. Bajo esta *convergencia neoliberal*, las alternativas de izquierda a la ortodoxia neoliberal fueron electoralmente insignificantes durante la coyuntura crítica; al punto tal que participaron del proceso de reformas de mercado, o eran opciones electorales muy marginales. Consecuentemente, no hubo divisiones programáticas consistentes que estructuraran la competencia electoral. Como se explicó antes, este resultado no produjo un equilibrio institucional estable, como sí lo hizo el liberalismo contestatario. En lugar de producir mecanismos de retroalimentación en el período posterior, la convergencia neoliberal generó un legado de secuencias reactivas desestabilizadoras y que polarizan cuando la oposición social a la liberalización del mercado se intensificó en el período de postajuste.

La Tabla 1 muestra la lista de países que experimentaron estos diferentes tipos de coyunturas críticas, basándose en los índices de la liberalización económica desarrolladas por Lora (2001) y Morley, Machado y Pettinato (1999), identificando los momentos de auge de las reformas del mercado y el líder político (o líderes) que las llevó a cabo. Los patrones de reforma «seducir y abandonar» produjeron coyunturas críticas de (des)alineamiento en Argentina, Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Perú y Venezuela, donde históricos partidos populistas o de centro-izquierda, o una figura populista en el caso de Perú (Alberto Fujimori), jugaron importantes roles en la adopción de las reformas de mercado<sup>5</sup>. A pesar de que en México el PRI, un partido populista histórico,

5. El caso ecuatoriano es mixto. Las principales reformas fueron adoptadas por un líder conservador, Sixto Durán Ballén, al principio de la década de 1990. Sin embargo, Rodrigo Borja, de Izquierda Democrática (ID) del centro-izquierda, también adoptó importantes reformas de mercado antes de Duran Ballén, como luego lo hicieron el líder populista Abdalá Bucaram y Lucio Gutiérrez, creando una profunda dinámica de desalineamiento del sistema de partidos.

adoptó reformas tipo «seducir y abandonar», el estatus hegemónico y la heterogeneidad interna del partido crearon una dinámica diferente: el PRI se dividió relativamente pronto durante la coyuntura crítica, produciendo un nuevo partido de izquierda que ayudó a alinear la competencia electoral a lo largo de líneas programáticas. La coyuntura crítica en México produjo primero un (des)alineamiento, pero luego realineó al sistema de partidos sobre un eje programático de competencia. Así, se asemeja a las coyunturas críticas en países donde las reformas de mercado fueron implementadas por líderes conservadores o de centro, con partidos de la izquierda en oposición: Brasil, Chile, República Dominicana, El Salvador, Uruguay y Nicaragua<sup>6</sup>. En estos países, las coyunturas críticas alinearon los sistemas de partidos de manera programática, dejando una herencia de liberalismo contestatario. En los países restantes –Colombia, Guatemala, Honduras, Panamá y Paraguay– patrones neutrales de reforma ocurrieron bajo el liderazgo conservador en ausencia de un partido de izquierda competitivo. Como en los casos de (des)alineamiento y de tácticas de «seducir y abandonar», las coyunturas críticas en estos últimos casos produjeron una dinámica competitiva de pluralismo neoliberal, donde los partidos opositores del modelo neoliberal fueron escasamente definidos o electoralmente marginales.

¿Cuáles fueron las implicancias de estos diferentes tipos de coyunturas críticas y de alineamiento programático para la estabilidad del sistema de partidos, especialmente en el período posterior a las reformas? Como se mostró anteriormente, los sistemas de partidos caracterizados por *la* convergencia neoliberal, especialmente aquellos producidos por el patrón de reformas (de)/(des)alineamiento de «seducir y abandonar», probaron ser más susceptibles a las secuencias reactivas desestabilizadoras a medida que el Consenso de Washington se quebraba y la resistencia popular al liberalismo de mercado se intensificaba en arenas sociales y políticas. En cambio, donde las coyunturas críticas alienaron a los sistemas de partidos de manera programática y produjeron un legado de *liberalismo contestatario*, la resistencia popular fue canalizada dentro de patrones institucionalizados de representación con una competencia electoral relativamente estable. Estos resultados sugirieron que las coyunturas críticas neoliberales produjeron legados que variaron ampliamente en su capacidad para soportar las secuencias reactivas liberadas por las cambiantes condiciones sociales y políticas de la era postajuste. Algunas investigaciones académicas anteriores encuentran una fuerte relación entre los alineamientos programáticos y la estabilidad del sistema de partidos (véase Lupu 2011; Morgan 2011). Sin embargo, estos estudios sugieren que la estructuración programática de la competencia partidaria identificada por Kitschelt *et al.* (2009) puede ser transformada por alineamientos políticos más contingentes y de corto plazo decisivos en los períodos de cambios de políticas.

6. En Nicaragua, dolorosas medidas de austeridad fueron adoptadas –presionados por las altas tasas de inflación– por el gobierno revolucionario Sandinista en 1988. Posteriormente, cuando asumieron el poder después de 1990, la coalición conservadora adoptó políticas de ajuste estructural más amplias, mientras los sandinistas regresaron a su posición natural en la izquierda opositora.



TABLA I  
 REFORMAS DE MERCADO, PARTIDISMO, Y TIPO DE COYUNTURA CRÍTICA  
 (1973-1998)

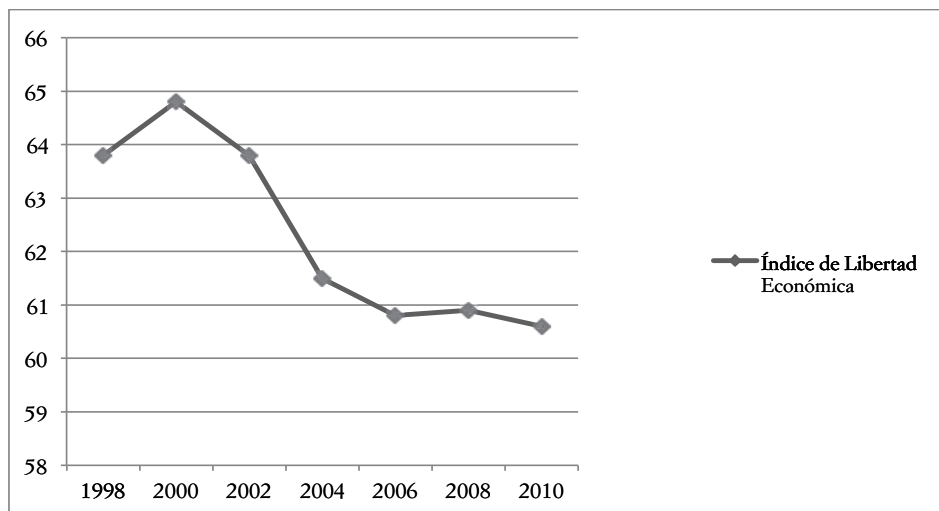
País	Líder reformista	Principales años de la Reforma	Partido (Tipo)	Líder opositor
Coyuntura crítica del des-alineamiento				
Brasil	Collor de Melo Cardoso	1990-92 1994-99	Personalista/Derecha Centro	PT (izquierda)
Chile	Pinochet	1974-79	Régimen Militar (derecha)	PDC (centro) PSCh (izquierda)
República Dominicana	Balaguer	1990-95	PRSC (derecha)	PLD (centro) PRD (centro-izquierda)
El Salvador	Cristiani	1990-93	ARENA (derecha)	FMLN (izquierda)
México	De la Madrid Salinas de Gortari	1983-88 1989-94	PRI (centro-derecha)	PRD (centro-izquierda)
Nicaragua	Chamorro	1990-94	Coalición Multipartidista (centro-derecha)	FSLN (izquierda)
Uruguay	Régimen Militar Lacalle	1973-81 1990-94	Régimen Militar (derecha) PN (derecha)	FA (izquierda)
Coyuntura crítica del (Des)alineamiento				
Argentina	Menem	1989-92	PJ (populista)	UCR (centro)
Bolivia	Paz Estenssoro	1985-89	MNR (Populista)	Variado
Costa Rica	Arias	1986-90	PLN (centro-izquierda)	PUSC (centro-derecha)
Ecuador	Borja Durán Ballén	1989-92 1992-95	ID (centro-izquierda) PUR (personalista/derecha)	Variado
Perú	Fujimori	1990-94	Personalista/populista	Variado
Venezuela	Pérez	1989-92	AD (populista/centro-izquierda)	COPEI (centro-derecha)
Coyuntura crítica neutral				
Colombia	López Michelson Gaviria	1974-78 1992-93	PL (centro-derecha) PL (centro-derecha)	PSC (derecha)
Guatemala	Cerezo	1986-88	PDC (centro)	Variado
Honduras	Callejas	1991-93	PN (derecha)	PL (centro-derecha)
Panamá	Pérez Balladares	1994-98	PRD (centro-derecha)	Variado
Paraguay	Rodríguez	1989-93	ANR (derecha)	PLRA (centro)

Fuente: S. MORLEY, R. MACHADO y S. PETTINATO (1999); E. LORA (2001).

## V. LA ESTABILIDAD DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN LA ERA POSTERIOR AL AJUSTE

A pesar de que en la década de 2000 en algunos países de América Latina ocurrió una moderada profundización de los procesos de liberalización de mercado, el auge de las reformas transcurrió en la década de 1990. En efecto, el consenso sobre el modelo neoliberal fue derrumbado por una confluencia de eventos al final de la década: la extensión de la crisis financiera asiática a las economías liberalizadas de América Latina, que desestabilizó los mercados financieros y produjo recesión e inflación –estancamiento económica– a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000; la erupción de las protestas masivas en contra de los gobiernos liberales, que derrocaron a presidentes en Argentina, Ecuador y Bolivia; y el inicio de un cambio político sin precedentes hacia la izquierda, que culminó con la elección de presidentes de centro o de izquierda en once países diferentes, representando a dos tercios de la población regional para el año 2011. Como muestra la Figura II, los índices agregados de liberalización económica, como los medidos por la Fundación Heritage/el índice de libertad económica del *Wall Street Journal*, cayeron a partir del año 2000. Los mayores descensos se registraron en los cuatro países que experimentaron los patrones más profundos de protesta social en contra de las reformas neoliberales durante la coyuntura crítica (Venezuela) o en el período siguiente (Argentina, Bolivia y Ecuador): entre 2000 y 2010, el índice de Argentina cayó de 70 a 51,2, el de Bolivia de 65 a 49,4, el de Ecuador de 59,8 a 49,3, y el de Venezuela de 57,4 a 37,6.

FIGURA II  
ÍNDICE DE LIBERTAD ECONÓMICA EN AMÉRICA LATINA, 1998-2010  
(PROMEDIO REGIONAL)



Fuente: Heritage Foundation/Wall Street Journal «Index of Economic Freedom» (<http://www.heritage.org/Index/>).

Las reformas de mercado de estos cuatro países activaron poderosas secuencias reactivas –en términos de Polanyi (1944), el doble movimiento dialéctico asociado con la resistencia social hacia la expansión tecnocrática de las relaciones de mercado–. Estas secuencias reactivas comenzaron con masivas protestas contra los gobiernos y los partidos gobernantes que pusieron en marcha y continuaron reformas neoliberales –las protestas callejeras en Venezuela conocidas como el Caracazo en 1989, una serie de rebeliones indígenas y populares en Ecuador después de 1990, los piqueteros argentinos fueron el mayor movimiento de desocupados de finales de siglo, y la «Guerra del Agua» y la «Guerra del Gas» en Bolivia en 2000 y 2003 (véase Silva 2009)–. Estas protestas culminaron con la elección de presidentes de izquierda que rechazaron abiertamente el modelo neoliberal e implementaron políticas públicas más estatistas y nacionalistas. En el camino, se sumergieron en profundas crisis los sistemas de partidos nacionales; los principales partidos centristas y conservadores fueron eclipsados en los cuatro países, así como los principales partidos populistas o de centro-izquierda en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Solo el partido peronista argentino (PJ) quedó en pie, un testimonio de la capacidad del partido y de sus facciones de liderar el proceso de liberalización del mercado en la década de 1990, y luego canalizar la resistencia social frente al modelo neoliberal, bajo la mirada de sus rivales políticos durante la crisis financiera de 2001-2002. En los otros países, la resistencia social encontró expresión electoral en movimientos *outsiders* antisistema (el Movimiento al Socialismo MAS en Bolivia) y en figuras populistas (Hugo Chávez en Venezuela y Rafael Correa en Ecuador) que desplazaron a los mayores partidos tradicionales de izquierda.

Todos estos países habían experimentando coyunturas críticas de (des)alineamiento con patrones de reforma «seducir y abandonar» bajo liderazgos populistas o partidos de centro-izquierda. Los otros dos países con coyunturas críticas de (des)alineamiento –Perú y Costa Rica– también experimentaron profundos desórdenes en sus sistemas de partidos, aunque con resultados políticos diferentes. En Perú, el sistema de partidos fue devastado por la crisis hiperinflacionaria y la violencia política de finales de la década de 1980, que llevaron a la adopción de política de shock por un líder populista *outsider* (Alberto Fujimori) que hizo campaña antineoliberal y en contra de las alternativas del *establishment*. Después de eso, la competencia electoral en Perú consistió en tener personalidades dominantes con organizaciones de partidos mínimas. La resistencia social a la liberalización de mercado fue más lenta en desarrollarse, dado el diezmo en las organizaciones populares al final de la década de 1980, pero los movimientos de protesta en las provincias se fortalecieron después de 2000, y un *outsider* populista de izquierda, Ollanta Humala, finalmente ganó la presidencia en su segundo intento en 2011. En Costa Rica, la adaptación de reformas neoliberales por el partido PLN de centro-izquierda llevó a un (re)alineamiento electoral y una reconfiguración parcial del sistema de partidos en el período posterior, pero no condujo a un colapso. Un nuevo desafío populista emergió a la izquierda del PLN, movilizando una fuerte oposición en contra del CAFTA, mientras el PLN se corrió hacia la derecha y en gran medida desplazó al corrupto partido conservador.

Como muestra la Tabla II, la competencia electoral fue inestable en estos seis países que experimentaron una coyuntura crítica de (des)alineamiento, y un aumento de la

volatilidad electoral en respuesta a las secuencias reactivas de la era posterior al ajuste. Los sistemas de partidos que fueron relativamente estables durante la coyuntura crítica en 1980 y 1990 –Costa Rica y Argentina– se volvieron más volátiles después de 2000, mientras que en los otros cuatro países que ya eran inestables durante la coyuntura crítica se volvieron más volátiles en el período posterior. Como muestra el índice de Pederesen, la volatilidad electoral neta (el promedio agregado de los cambios en los votos en las elecciones presidenciales y legislativas) aumentó del 28 por ciento como promedio de los seis países desde 1980 a 2000, al 41 por ciento entre 2000 y 2010. En todos estos países, los patrones de reforma «seducir y abandonar» dejaron a los sistemas de partidos sin un competidor serio frente al modelo liberal –en suma, con una dinámica competitiva de convergencia neoliberal–. El resultado fue un equilibrio inestable, especialmente a medida que la resistencia social al modelo neoliberal se fortalecía en el período posterior a la coyuntura crítica. Los partidos conservadores o proempresariales se derrumbaron en los seis países –en parte porque los opositores de izquierda o populistas se apropiaron de sus agendas programáticas– mientras que el espacio político vacante a la izquierda del centro fue ocupado por nuevos contendientes populistas o de izquierda (o como en Argentina, la fracción de izquierda del PJ) que ofrecieron una oposición más sólida al modelo neoliberal.

Aunque de manera menos dramática, la convergencia neoliberal también fue inestable en los países que experimentaron coyunturas críticas neutras. Esto es, aquellos países donde la liberalización de mercado ocurrió bajo el liderazgo de los partidos conservadores, sin un patrón «seducir y abandonar» o un importante partido de izquierda en la oposición. La volatilidad electoral neta promedio fue del 24,3 para Colombia, Honduras, Panamá, Paraguay y Guatemala durante la coyuntura crítica de 1980 a 2000, luego aumentó al 29,3 en el período posterior entre 2000 y 2010. Aunque los partidos conservadores o de centro tradicionales declinaron después de 2000 en numerosos países –más notablemente en Colombia y Paraguay–, este patrón fue menos consistente que en los casos de «seducir y abandonar». Del mismo modo, fueron desplazados a la izquierda por la emergencia de nuevos líderes populistas o de izquierda durante el período posterior, especialmente en Paraguay, pero estos patrones fueron más moderados en comparación con el explosivo crecimiento de estos movimientos en numerosos casos de «seducir y abandonar». Variaciones sustanciales existen entre estos casos, como el sistema de partidos de Honduras, que fue el más estable durante la tercera ola democratizadora, mientras que Guatemala fue uno de los más inestables. Como se discutió previamente, la situación anómala de Honduras no persistirá.

TABLA II  
 VOLATILIDAD ELECTORAL DURANTE COYUNTURA CRÍTICA NEOLIBERAL Y  
 PERÍODOS POSTERIORES (ÍNDICE PEDERSEN DE VOLATILIDAD)

País	Volatilidad neta 1980-2000	Volatilidad neta 2000-2010	Cambio neto de volatilidad
Coyuntura Crítica del (des)alineamiento			
Argentina	18,6	35,0	16,4
Bolivia	27,5	50,7	23,2
Costa Rica	10,3	25,6	15,3
Ecuador	33,5	44,7	11,2
Perú	44,8	48,5	3,7
Venezuela	33,4	41,3	7,9
Promedio	28,0	41,0	13,0
Coyuntura Crítica Neutral			
Colombia	12,0	37,4	25,4
Guatemala	45,4	49,4	4,0
Honduras	7,1	9,7	2,6
Panamá	36,7	23,2	-3,5
Paraguay	20,4	26,9	6,5
Promedio	24,3	29,3	4,0
Coyuntura Crítica de Alineamiento			
Brasil	30,7	22,0	-8,7
Chile	15,9	19,6	3,7
República Dominicana	18,3	21,0	2,7
El Salvador	22,2	11,3	-0,9
México	17,9	20,0	2,1
Nicaragua	49,5	21,7	-7,8
Uruguay	11,4	12,6	1,2
Promedio	23,7	18,3	-5,4

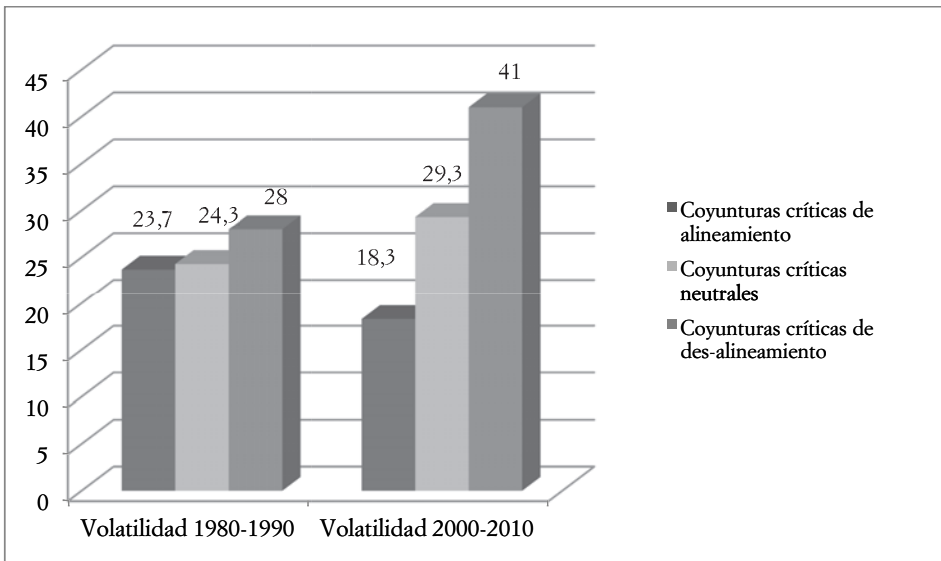
Fuente: Calculado con datos de NOHLEN 1993; NOHLEN 2005; y Georgetown University's Political Database of the Americas (<http://pdba.georgetown.edu/>). Volatilidad neta es el promedio combinado del índice Pedersen de Volatilidad electoral agregada para todas las elecciones presidenciales y legislativas de cada país.

Finalmente, las coyunturas críticas de alineamiento –donde los conservadores lideraron el proceso de reformas de mercado y un partido de la izquierda se mantuvo en la oposición– produjeron un legado de liberalismo contestatario que fue relativamente estable y estabilizador, en el resto de los casos (Brasil, Chile, República Dominicana, El Salvador, México, Nicaragua y Uruguay). Ninguno de estos países con coyunturas críticas de alineamiento experimentaron un aumento de la volatilidad electoral en el período posterior, y tres de ellos –Brasil, El Salvador y Nicaragua– vivieron significativos descensos de la volatilidad. En total, la volatilidad neta promedio cayó del 23,7 por

ciento en los 1980 y 1990 al 18,3 por ciento de 2000-2010, menos de la mitad del nivel de volatilidad registrado en los países que experimentaron coyunturas críticas de (des)alineamiento (ver Tabla II y Figura II). Donde las coyunturas críticas alinearon a los sistemas de partidos de manera programática, la oposición al modelo neoliberal durante el período posterior al ajuste fue canalizada dentro de sistemas de partidos por los estables partidos de izquierda; la protesta social fue más limitada, y el sistema de partido no fue desplazado por la emergencia de ningún nuevo líder de izquierda o populista.

Igualmente sorprendente, en los países en los que un partido de izquierda institucionalizado era un competidor serio, un partido centrista o conservador permaneció viable electoralmente en el período posterior para defender el liberalismo de mercado y moderar las inclinaciones estatistas de los rivales de izquierda cuando accedieron a los cargos ejecutivos (como se produjo con el tiempo en todos los países, excepto en México). En estos países, por lo tanto, el liberalismo de mercado fue impugnado y modificado, pero no se deshizo cuando la izquierda llegó al poder, y las formas programáticas de la competencia electoral se institucionalizaron en el período de posguerra.

FIGURA III  
VOLATILIDAD ELECTORAL Y TIPOS DE COYUNTURAS CRÍTICAS



Fuente: Elaboración propia.

Estos hallazgos sugieren que las coyunturas críticas de alineamiento y (des)alineamiento ofrecían legados muy diferentes respecto a la estabilidad del sistema de partidos. Los patrones de la reforma neoliberal que alinearon a los sistemas de partidos de

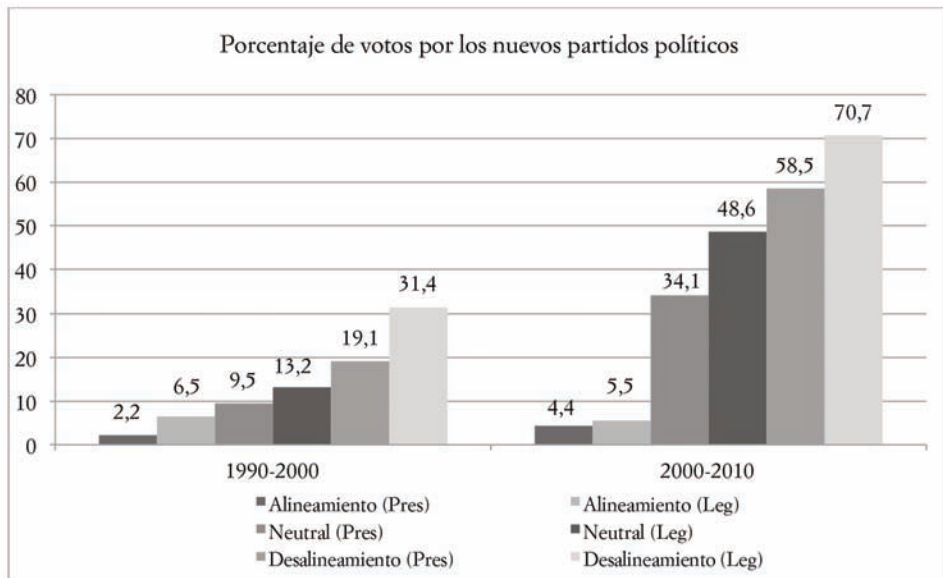
manera programática produjeron sistemas de partidos más estables en el tiempo; donde la liberalización del mercado des-alineó a los sistemas de partidos de manera programática, se volvieron más volátiles en el período posterior. Medidas agregadas de volatilidad electoral, sin embargo, sólo muestran cuál es el porcentaje de votos (o asientos) que cambian en el tiempo; no nos dicen nada acerca de dónde van los votos. En particular, no se hace distinción entre los votos que se traspasan a otros partidos políticos establecidos (es decir, la volatilidad intrasistémica) y los que van a los nuevos partidos o candidatos *outsiders* (es decir, volatilidad extrasistémica). Un enfoque alternativo para evaluar la volatilidad, entonces, es desarrollar una medida directa de los cambios extrasistémicos. Aunque esto se podría hacer con datos elección por elección (Powell y Tucker 2010), una medida acumulativa es teóricamente más útil para evaluar el legado de una coyuntura crítica en el tiempo. En consecuencia, he calculado para cada elección el voto presidencial agregado (y la banca legislativa) para todos los partidos o movimientos políticos que se formaron en 1990 o después, aproximadamente en la mitad de la coyuntura crítica, y en el punto más álgido del Consenso de Washington, cuando todos los países de la región habían comenzado a liberalizar los mercados. Este indicador capta así el desarrollo acumulativo de nuevos partidos, ya sea a favor o en contra de la reforma del mercado tras los disturbios iniciales asociados con la crisis de la deuda, el fracaso de las políticas de estabilización heterodoxas y la adopción de las reformas neoliberales<sup>7</sup>.

Como se muestra en la Figura IV, esta medida de votos de los partidos nuevos varía dramáticamente a través de los diferentes tipos de coyunturas críticas. Las coyunturas críticas que alinearon a los sistemas de partidos de manera programática –es decir, aquellos que producen un legado de liberalismo contestatario– crearon alineamientos competitivos altamente resistentes. En efecto, los partidos establecidos cerraron el mercado electoral a nuevos competidores, que en promedio alcanzaban sólo el 6,5 por ciento de la votación presidencial y el 2,2 por ciento de los escaños legislativos en la década de 1990. Estos porcentajes quedaron estables en la primera década del siglo XXI, cuando los partidos formados a partir de 1990 obtuvieron un 5,5 por ciento de los votos presidenciales y un 4,4 por ciento de los escaños legislativos. Aunque los partidos de izquierda se fortalecieron gradualmente durante este período en la mayoría de estos países, este crecimiento se dio entre partidos de izquierda establecidos que formaban parte de la oposición durante el período de la liberalización del mercado, en lugar de hacerlo hacia una alternativa de izquierda nueva, populista, *outsider* o «extrasistémica». En pocas palabras, donde los conservadores lideraron el proceso de reforma del mercado y un partido de la izquierda se mantuvo en la oposición, las coyunturas críticas dejaron una herencia institucional de la competencia electoral estructurada de manera programática y muy estable.

7. Los partidos fueron codificados como «nuevos» solo si no fueron fundados antes de 1990. Los partidos formados antes como resultado del cambio de nombre, fusión o coalición con los partidos emergidos antes de 1990 fueron codificados como sucesores de partidos previos, antes que nuevos partidos.

FIGURA IV

VOTOS AGREGADOS PARA LOS NUEVOS PARTIDOS POLÍTICOS BAJO LOS DIFERENTES TIPOS DE COYUNTURAS CRÍTICAS, 1990-2010 (ELECCIONES PRESIDENCIALES Y LEGISLATIVAS)



Nota: Los porcentajes incluyen los votos para todos los partidos políticos fundados después de 1990.  
Fuente: Elaboración propia.

Las dinámicas competitivas no podrían haber sido más distintas en los lugares donde las coyunturas críticas eran de (des)alineamiento o neutrales, dejando una herencia institucional de la convergencia neoliberal. La vulnerabilidad de este legado a las secuencias reactivas, que generaron o empoderaron a nuevos partidos, es evidente al observar los datos. En los países que han experimentado coyunturas críticas neutrales, los partidos o movimientos formados a partir de 1990 promediaron un modesto 13,2 por ciento de la votación presidencial y el 9,5 por ciento de los escaños legislativos en la década de 1990. Durante la década siguiente, sin embargo, es decir, en el período posterior, los niveles de apoyo a los nuevos partidos aumentó, incluso teniendo en cuenta la notable excepción de Honduras (que registró una puntuación de cero en este indicador para las elecciones presidenciales y legislativas en ambas décadas). En estos casos, el apoyo a nuevos partidos aumentó a un promedio del 48,6 por ciento de los votos en las elecciones presidenciales y al 34,1 por ciento de los escaños legislativos entre los años 2000 y 2010. Y en los países con coyunturas críticas de (des)alineamiento, el cambio de voto hacia los nuevos partidos durante la primera década del siglo XXI fue masivo y sistemático entre 2000 y 2010. Los partidos que se formaron a partir de 1990 capturaron un impresionante 70,7 por ciento de los votos en las elecciones presidenciales,



junto con el 58,5 por ciento de los escaños legislativos. En suma, donde las reformas de mercado fueron adoptadas en forma de «seducir y abandonar» por partidos de centro-izquierda o populistas, los votantes abandonaron a los tradicionales partidos de masas y dieron su apoyo a una amplia gama de nuevos partidos y movimientos políticos, tanto en la izquierda como la derecha del espectro ideológico.

El consenso tecnocrático de América Latina para la liberalización del mercado pudo haber proporcionado una cobertura política para las políticas de ajuste estructural en contextos de graves crisis financieras e inflacionarias en la década de los años 1980 y de 1990, cuando históricos movimientos populares y sindicales estaban en decadencia y a la defensiva. No obstante, la resistencia social a las inseguridades de las reformas de mercado se fortaleció en la era del postajuste, y los sistemas de partidos que carecían de canales institucionalizados para la disidencia —el equilibrio inestable de la convergencia neoliberal— se plagaron de secuencias reactivas tumultuosas y polarizadoras. Por el contrario, cuando una parte importante de la oposición de izquierda canalizó la reacción Polanyi en formas institucionalizadas de competencia programática, un equilibrio relativamente estable del liberalismo contestatario fue reproducido en el período posterior. Las coyunturas críticas neoliberales, por lo tanto, produjeron tipos de legados institucionales muy diferentes con distintos modelos de competencia partidista en la era posterior al ajuste.

## VI. CONCLUSIÓN

La experiencia de América Latina en la última década sugiere que los vínculos programáticos de la competencia electoral ayudan a anclar al electorado y estabilizar a los sistemas de partidos. Permiten a los partidos forjar vínculos con los votantes y con grupos sociales sobre bases durables, sobre intereses y preferencias de políticas relevantes, facilitando la construcción de identidades y lealtades partidistas. La vulnerabilidad a los shocks económicos externos que forzó a los partidos a comprometerse con sus orientaciones programáticas, sin embargo, creó incertidumbre sobre los efectos de los resultados electorales y debilitó los vínculos de los votantes con los partidos.

Los efectos de esta incertidumbre pueden ser vistos en la transición, azotada por la crisis, de la ISI al neoliberalismo, un hito político y económico que descolocó y reconfiguró los sistemas de partidos en América Latina. Aunque la capacidad de los sistemas de partidos nacionales para soportar estas tribulaciones estuvo condicionada por los patrones históricos de desarrollo político y económico, también fueron formadas por una dinámica más contingente que obedecía a las reformas de mercado y a la resistencia social a las mismas, durante la coyuntura crítica y el período posterior al ajuste. Las reformas neoliberales impulsadas por actores políticos conservadores y a las que se opuso un importante partido de izquierda en la oposición, alinearon los sistemas de partidos de manera programática. Por otra parte, las reformas «seducir y abandonar» adoptadas por los gobiernos populistas o de centro-izquierda (des)alinearon la orientación programática de los sistemas de partidos y los dejaron vulnerables a la

desestabilización de las secuencias reactivas, tal como la oposición social a la liberalización de mercado se intensificó en el período posterior. En particular, los movimientos de protestas y la emergencia de nuevos contendientes populistas o de izquierda minaron los sistemas de partidos tradicionales y desestabilizaron la competencia electoral.

Las alternativas de izquierda emergieron o se fortalecieron en casi todos los países de la región en el período posterior al ajuste, pero el alineamiento y (des)alineamiento de las coyunturas críticas produjeron distintos tipos de partidos y movimientos de izquierda con diferentes implicaciones para la estabilidad del sistema de partidos (Weyland, Madrid y Hunter 2010; Levitsky y Roberts 2011). Las coyunturas críticas que alinearon de manera programática a los sistemas de partidos permitieron que los reclamos sociales en contra de las inseguridades del mercado fueran institucionalizados por partidos establecidos. En los países donde ocurrió el giro a la izquierda en el período posterior, hicieron esto mediante las alternativas institucionalizadas en el poder dentro de los sistemas de partidos relativamente intactos. En cambio, cuando las coyunturas críticas desalinearon a los sistemas de partidos programáticos, la resistencia social al liberalismo de mercado fue expresado por movimientos masivos de protesta que desafiaron a toda la clase política y, finalmente, dio lugar a alternativas más radicales, extrasistémicas y populistas (Madrid 2010).

Claramente, estas alternativas nuevas, antineoliberales y de izquierda en países como Venezuela, Ecuador, y Bolivia hicieron revivir una oposición programática en los sistemas de partidos. Como tal, podrían dar lugar eventualmente a la fundación de la reconfiguración de los sistemas de partidos en torno a clivajes ideológicos y programáticos. Hasta la fecha, sin embargo, ambas caras de este clivaje se encuentran pobremente institucionalizadas en términos partidistas. Los nuevos partidos de izquierda han luchado para cristalizarse en torno a figuras populistas o movimientos sociales de masas, mientras que la oposición conservadora se ve afectada por la fragmentación y la fluidez organizativa. La reconstrucción de los nuevos sistemas de partidos dependerá no solo de la habilidad de ambos lados del clivaje para organizarse, sino también de su voluntad de abstenerse de proyectos hegemónicos y aceptar el pluralismo institucionalizado como la característica definitoria de la gobernabilidad democrática.

## VII. BIBLIOGRAFÍA

- ALDRICH, John A. *Why Parties? A Second Look*. Chicago: University of Chicago Press, 2011.
- BARTOLINI, Stefano. *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980: The Class Cleavage*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- BURGESS, Katrina. *Parties and Unions in the New Global Economy*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2004.
- BURGESS, Katrina y LEVITSKY, Steve. Explaining Populist Party Adaptation in Latin America: Environmental and Organizational Determinants of Party Change in Argentina, Mexico, Peru, and Venezuela. *Comparative Political Studies*, 2000, vol. 36 (8): 881-911.
- CAPOCCIA, Giovanni y KELEMEN, Daniel. The Study of Critical Junctures: Theory, Narrative, and Counterfactuals in Historical Institutionalism. *World Politics*, 2000, vol. 59 (3): 341-369.

- CARTER, Nick. Italy: The Demise of the Post-War Partyocracy. En WHITE, John Kenneth y DAVIES, Philip John (eds.). *Political Parties and the Collapse of the Old Orders*. Albany, NY: State University of New York Press, 1998.
- CAVAROZZI, Marcelo. Politics: A Key for the Long Term in South America. En SMITH, William C.; ACUÑA, Carlos y GAMARRA, Eduardo (eds.). *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*. New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers, 1994.
- CAVAROZZI, Marcelo y CASULLO, Esperanza. Los Partidos Políticos en América Latina Hoy: ¿Consolidación o Crisis? En CAVAROZZI, Marcelo y ABAL MEDINA, Juan Manuel (eds.). *El Asedio a la Política: Los Partidos Latinoamericanos en la Era Neoliberal*. Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones, 2002.
- COLBURN, Forrest D. *Latin America at the End of Politics*. Princeton: Princeton University Press, 2002.
- COLLIER, Ruth Berins y COLLIER, David. *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press, 1991.
- COLLIER, Ruth Berins y HANDLIN, Samuel. *Reorganizing Popular Politics: Participation and the New Interest Regime in Latin America*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 2009.
- CONVERSE, Philip E. Of Time and Partisan Stability. *Comparative Political Studies*, 1969, vol. 2 (2): 139-171.
- COPPEDGE, Michael. *Strong Parties and Lame Ducks: Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1994.
- DIX, Robert. Democratization and the Institutionalization of Latin American Political Parties. *Comparative Political Studies*, 1992, vol. 24 (4): 488-511.
- FUKUI, Haruhiro. Japan: Why Parties Fail, Yet Survive. En LAWSON, Kay y MERKL, Peter H. (eds.). *When Parties Prosper: The Uses of Electoral Success*. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers, 2007.
- HAGOPIAN, Frances. Democracy and Political Representation in Latin America in the 1990s: Pause, Reorganization, or Decline? En AGUERO, Felipe y STARK, Jeffrey (eds.). *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*. Miami: University of Miami North-South Center Press, 1998.
- HAGOPIAN, Frances; GERVASONI, Carlos y MORAES, Juan Andrés. From Patronage to Program: The Emergence of Party-Oriented Legislators in Brazil. *Comparative Political Studies*, 2009, vol. 42 (3): 360-391.
- HALL, Peter A. y SOSKICE, David (eds.). *Varieties of Capitalism: Institutional Foundations of Comparative Advantage*. Oxford: Oxford University Press, 2001.
- HETHERINGTON, Marc J. Resurgent Mass Partisanship: The Role of Elite Polarization. En NIEMI, Richard G.; WEISBERG, Herbert F. y KIMBALL, David C. (eds.). *Controversies in Voting Behavior*. Washington, D.C.: CQ Press, 2011.
- KITSCHOLT, Herbert; HAWKINS, Kirk A.; LUNA, Juan Pablo; ROSAS, Guillermo y ZECHMEISTER, Elizabeth J. *Latin American Party Systems*. New York: Cambridge University Press, 2009.
- LEVITSKY, Steven. *Transforming Labor-Based Parties in Latin America: Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- LEVITSKY, Steven y ROBERTS, Kenneth M. (eds.). *The Resurgence of the Latin American Left*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2011.
- LORA, Eduardo. Structural Reforms in Latin America: What Has Been Reformed and How to Measure It, *Working Paper*, 2001, n.º 348, Washington D.C.: Interamerican Development Bank (IDB), December.

- LUNA FARIÑA, Juan Pablo. *Programmatic and Non-Programmatic Party-Voter Linkages in Two Institutionalized Party Systems: Chile and Uruguay in Comparative Perspectives*. Ph.D. Dissertation, University of North Carolina at Chapel Hill, 2006.
- LUPU, Noam. *Party Brands in Crisis: Partisanship, Brand Dilution, and the Breakdown of Political Parties in Latin America*. Ph.D. dissertation. Princeton University, 2011.
- LUPU, Noam y STOKES, Susan. Democracy, Interrupted: Regime Change and Partisanship in Twentieth-Century Argentina. *Electoral Studies*, 2010, vol. 29 (1): 91-104.
- MADRID, Raúl. Ethnic Cleavages and Electoral Volatility in Latin America. *Comparative Politics*, 2005, vol. 38 (1): 1-20.
- MADRID, Raúl. The Origins of the Two Lefts in Latin America. *Political Science Quarterly*, 2010, vol. 125 (4): 587-609.
- MAHONEY, James. *The Legacies of Liberalism: Path Dependence and Political Regimes in Central America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001.
- MAINWARING, Scott; BEJARANO, Ana María y PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo (eds.). *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford: Stanford University Press, 2006.
- MAINWARING, Scott y PÉREZ-LIÑÁN, Aníbal. Latin American Democratization since 1978: Democratic Transitions, Breakdowns, and Erosions. En HAGOPIAN, Frances y MAINWARING, Scott P. (eds.). *The Third Wave of Democratization in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy R. Introduction: Party Systems in Latin America. En MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy R. *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1995, pp. 1-34.
- MORGAN, Jana. *Bankrupt Representation and Party System Collapse*. University Park: Pennsylvania State University Press, 2011.
- MORLEY, Samuel; MACHADO, Roberto y PETTINATO, Stefano. Indexes of Structural Reform in Latin America. *Serie Reformas Económicas*, n.º 12, 1999, ECLAC.
- MURILLO, María Victoria. *Labor Unions, Partisan Coalitions, and Market Reforms in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- NOHLEN, Dieter (ed.). *Enciclopedia Electoral Latinoamericana y del Caribe*, volumes 1 & 2. San José, Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos, 1993.
- NOHLEN, Dieter, (ed.). *Elections in the Americas: A Data Handbook*. Vol. 2: *South America*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- OXHORN, Philip. *Sustaining Civil Society: Economic Change, Democracy, and the Social Construction of Citizenship in Latin America*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 2011.
- PEDERSEN, Mogens N. Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems, 1948-1977. En DAALDER, Hans y MAIR, Peter (eds.). *Western European Party Systems: Continuity and Change*. London: Sage Publications, 1983: 29-66.
- PIERSON, Paul. Increasing Returns, Path Dependence, and the Study of Politics. *American Political Science Review*, 2000, vol. 94 (2): 251-267.
- PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo. Giants with Feet of Clay: Political Parties in Colombia. En MAINWARING, Scott; BEJARANO, Ana María y PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo (eds.). *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2006: 78-99.
- POLANYI, Karl. *The Great Transformation*. New York: Farrar and Rinehart, 1944.
- POWELL, Eleanor Neff y TUCKER, Joshua. *New Approaches to Electoral Volatility: Evidence from Postcommunist Countries*. Unpublished manuscript, 2009.
- ROBERTS, Kenneth M. The Mobilization of Opposition to Economic Liberalization. En LEVI, Margaret; JACKMAN, Simon y ROSENBLUM, Nancy (eds.). *Annual Review of Political Science*, 2008, vol. 11: 327-349.

- ROBERTS, Kenneth M. *Changing Course: Party Systems in Latin America's Neoliberal Era*. New York: Cambridge University Press (forthcoming.)
- ROBERTS, Kenneth M. y WIBBELS, Erik. Party Systems and Electoral Volatility in Latin America: A Test of Economic, Institutional, and Structural Explanations. *American Political Science Review*, 1999, vol. 93 (3): 575-590.
- SAMUELS, David y SHUGART, Matthew S. *Presidents, Parties, and Prime Ministers: How the Separation of Powers Affects Party Organization and Behavior*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
- SCHATTSCHNEIDER, E. E. *Party Government*. New York: Rinehart, 1942.
- SILVA, Eduardo. *Challenging Neoliberalism in Latin America*. New York: Cambridge University Press, 2009.
- SLATER, Dan y SIMMONS, Erica. Critical Antecedents and Informative Regress. *Qualitative Methods*, 2008, vol. 6 (1): 6-13.
- STOKES, Susan C. *Mandates and Democracy: Neoliberalism by Surprise in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- TANAKA, Martín. From Crisis to Collapse of the Party Systems and Dilemmas of Democratic Representation: Peru and Venezuela. En MAINWARING, Scott; BEJARANO, Ana María y PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo (eds.). *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2006: 47-77.
- WEYLAND, Kurt; MADRID, Raúl L. y HUNTER, Wendy (eds.). *Leftist Governments in Latin America: Successes and Failures*. New York: Cambridge University Press, 2010.
- WILLIAMSON, John. What Washington Means by Policy Reform. En WILLIAMSON, John (ed.). *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?* Washington, D.C.: Institute for International Economics, 1990: 7-20.
- YASHAR, Deborah. *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.